

pre sus enemigos, el error, la fuerza y el vicio (1), y que lavada y fecundada con la sangre de su eterno esposo para parecer ante él sin mancha ni ruga (2), da á luz continuamente innumerables hijos para el cielo, sostenida siempre por el que dijo: Hé aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion del siglo (3).

El establecimiento de la Iglesia es la consumacion de la obra de Jesucristo, y el complemento de la restauracion de todas las cosas segun el designio eterno, porque es el medio de hacer perpétuos y universales los frutos de su Encarnacion, de su doctrina y de su sacrificio. Esto es lo que vamos á examinar hoy, considerando á la Iglesia Católica como única depositaria de los tesoros de la Redencion.

PRIMERA PARTE.

Al desenvolver, Señores, mi proposicion sobre la Iglesia, no tanto me propongo considerarla como el gran cuerpo de los fieles, como la sociedad de los hombres, que agrupados en torno de la enseña victoriosa enarbolada en el Gólgota, confiesan con el Centurion, que el Crucificado es en verdad Hijo de Dios (4), creen su doctrina, obedecen sus preceptos, se valen de los medios de salud que les legó en sus Sacramentos, fruto precioso de su sangre, y se someten á los que él mismo dejó para hacer sus veces sobre la tierra; cuanto fijarme principal-

(1) Matth. XVI, 18

(2) Ephes. V, 27.

(3) Matth. XXVIII, 20.

(4) Id. XXVII, 54.

mente en el cuerpo de estos mismos sucesores de Jesucristo, en los elementos constitutivos de la Iglesia, en su maternidad fecunda, en su ministerio, que es el mismo de Jesucristo; en una palabra, en la Iglesia docente, que es la encargada de regir y gobernar esta gran sociedad. ¿Qué es la Iglesia en este sentido? Es un cuerpo que enseña lo que es necesario creer, prescribe lo que se debe practicar, y dispensa los auxilios espirituales y las gracias necesarias para nuestra regeneracion moral en Jesucristo.

A ocuparme de ella me mueve, hermanos míos, no solo el deseo de completar el plan que me propuse desarrollar en estos dias para descubrir las inefables riquezas de la Religion Católica, sino el ver que gran número de escritos modernos tienden á separar de la Iglesia el Catolicismo, para convertirlo en una religion puramente especulativa, como los sistemas filosóficos, y entregarle, como hace el protestantismo, al juicio y á la voluntad de cada uno. Se quiere un cristianismo sin Iglesia; es decir, se quieren ciertas verdades religiosas de las que cada uno sea el juez, cierta moral que se atempere á las inclinaciones particulares, y hasta cierto culto que se practique segun plazca á quien le admita; pero no se quiere, se resiste un magisterio que enseñe el dogma, una autoridad que prescriba la moral y ordene la disciplina y el culto. Se admiten relaciones entre Dios y el hombre, pero no se quiere consentir en un intermediario elegido por Dios mismo para fijar y mantener esas relaciones. Se quiere, en una palabra, una religion obra del hombre y no de Dios; y la Religion, como os demostré otro dia, no puede ser sino obra de Dios. La Religion cristiana deja de serlo, desde que en todo ó en parte se separa de la institucion de Jesucristo; y Jesucristo la ha vinculado en su Iglesia, que es su esposa, su cuerpo

místico, animado de su espíritu, y en un todo identificado con él.

Si Jesucristo hubiese obrado como suponen los que esto quieren, no habría hecho sino fundar á lo más una nueva escuela, añadir un nuevo sistema á la multitud de sistemas filosóficos, morales y religiosos, que en el curso de los siglos se han dividido el mundo, naciendo hoy para morir mañana, como obra de hombres, á manos de sus mismos secuaces, ansiosos en su orgullo de sobreponerse á sus fundadores para llamarse maestros de la humanidad. Más aún: hubiera dado lugar á que se negase su divinidad, porque su obra no habría salido de la esfera de lo humano, no sentándola sobre base sólida y eterna, ni dándole medios eficaces para desarrollarse, crecer, abarcar el mundo, vencer en duracion á los siglos, y regenerar al género humano en todo lugar y en todo tiempo. Él mismo lo dice: ¿Quién es el que tratando de levantar magnífica y gigantesca torre, no cuenta antes los medios de que dispone y prepara lo necesario, para no verse precisado á abandonar su obra, y ser objeto de la burla y el desprecio de los transeuntes? ¿Quién es el rey que, queriendo luchar con otro para destronarle, no medita sobre la extension de sus fuerzas, para no verse en la necesidad de humillarse y buscar transacciones que le acrediten vencido? (1)

Jesucristo vino del cielo para levantar sobre la tierra majestuosa torre espiritual, que teniendo por base el mundo todo, tuviese por corona el mismo cielo: vino á arrojar del mundo al príncipe de las tinieblas, que le dominaba injustamente (2), para fundar el reino de Dios,

(1) Luc. XIV.

(2) Joann. XII, 31.

y para uno y otro designio debía preparar, y preparó, los medios eficaces y necesarios. Por ello su obra es eterna, y ni los hombres, ni el tiempo, ni el infierno pueden destruirla (1).

Desde la eternidad, Señores, preparó estos medios, diseñando en su mente divina esa obra admirable de su bondad, y haciéndola brillar ante él como tipo hermoso que se complacía en figurar en todas sus obras. El designio eterno de Dios, de unir á sí la naturaleza humana por la Encarnacion del Verbo, para comunicar al hombre las inefables riquezas de su amor y de su gracia, forma, segun San Pablo, el pensamiento especial del Padre, su misterio por excelencia, el gran sacramento de la piedad divina (2); y á su lado aparece el plan de la Iglesia, destinada á perpetuar esa union maravillosa, enlazando á todos los hombres con Jesucristo para que sean participantes de la divina naturaleza. Por ello, San Juan la contempló como bajada del cielo, esposa hermosísima, ataviada con galas divinas para recibir á su esposo, unirse á él y darle innumerable descendencia (3). Por ello, así como Jesucristo es figurado en las obras divinas, así lo es tambien la Iglesia, como queriendo Dios ensayarla, y complacerse en ella en todo tiempo.

Recordad, hermanos, la palabra de San Pablo, cuya explicacion os di en mi primer discurso: el primer Adán es la figura de Jesucristo (4); y cuanto en él sucediera para llevar á término el plan divino en el orden de la creacion, es un símbolo de lo que realiza el segundo

(1) Matth. XVI, 18.

(2) Colos. I, 26.—I Tim. III, 16.

(3) Apoc. XXI.

(4) Rom. V, 14.

Adan en el órden de la regeneracion. De aquel dijo Dios luego de haberle criado: «No es bueno que esté solo: hagámosle ayuda semejante á él mismo, para que por su medio se multiplique, y se perpetúe sobre la tierra el género humano (1). Para formar á la mujer habla consigo misma la Trinidad augusta como al decidir la creacion del hombre, y ejecutando su decreto, infunde á Adan sueño misterioso, en el cual, dice San Agustin, le revela los altísimos misterios que en él se figuran y en el segundo Adan han de tener su cumplimiento (2). Toma entonces del hombre una de sus costillas, forma á la mujer, y se la presenta á aquel, diciendo que era hueso de sus huesos, y los dos una misma carne (3), y como un mismo sér duplicado para multiplicarse; y bendiciéndoles, añade: Creced, multiplicaos, llenad la tierra, mandad á todas las criaturas (4).

El Apóstol San Pablo, por cuyo ministerio quiso Dios revelarnos las inestimables riquezas de la redencion (5), nos dice que esta union encierra un gran misterio, la union de Cristo y de su Iglesia (6). Del mismo modo que en el órden de la creacion, así tambien en el de la restauracion, dice San Bernardo, no era bueno que el hombre estuviera solo (7); convenia á la ejecucion del plan divino, que tuviese una esposa semejante á él, formada

(1) Gen. II, 18.

(2) Illa extasis, quam Deus immissit in Adam, recte intelligitur ad hoc immissa, ut et ipsius mens per extasim particeps fieret tanquam angelicæ curiæ, et intrans in sanctuarium Dei intelligeret in novissima. Denique, evigilans tanquam prophetiæ plenus, etc. (S. Aug., *de Gen. ad Litt.*, lib. 9, cap. 19.)

(3) Gen. II, 23.

(4) Id. I, 28.

(5) Ephes. III, 8.

(6) Id. V, 32.

(7) S. Bernard., *Sermo in Signum magnum.*

de él mismo, que le diese descendencia multiplicada sobre las estrellas del cielo y las arenas del mar. Al efecto, dice San Agustin, así como Adan entró en profundo sueño para que de él formase Dios á Eva, madre de todos los vivientes segun la naturaleza (1), así Jesucristo se duerme sobre la Cruz con el sueño de la muerte, para que sea formada de él mismo la Iglesia, que es la segunda Eva, madre de todos los vivientes en el órden de la gracia. Cuando se durmió Adan, continúa el mismo, tomó Dios uno de los huesos de su costado para formar la primera mujer; y cuando Jesucristo murió en la Cruz, se le abre su costado con una lanza, á fin de que el agua y la sangre que de él se derraman, formen los sacramentos que deben santificar á la Iglesia y hacerla digna de él (2). San Pablo lo habia dicho antes: Cristo amó á su Iglesia y se entregó á la muerte por ella, á fin de santificarla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida, para presentársela á sí mismo gloriosa, santa y sin mancilla (3). Ella es carne de su carne y hueso de sus huesos (4), y por ella, y solo por ella, la única escogida por esposa (5), ha de multiplicarse en la tierra la gran familia de los hijos de la regeneracion, de los hijos adoptados por Dios y llamados á la posesion de su eterna herencia. Ella sola, por lo mismo, participa del

(1) Gen. III, 20.

(2) Dormit Adam ut fiat Eva: moritur Christus ut fiat Ecclesia. Dormienti Adæ fit Eva de latere; mortuo Christo, lancea percutitur latus, ut profluant sacramenta, quibus formetur Ecclesia. Cui non appareat, quia in illis tunc factis futura figurata sunt, quandoquidem dicit Apostolus ipsum Adam formam futuri esse? Qui est inquit, forma futuri. Præfigurabantur omnia mystice. (S. Aug., *Tract. 9 in Joann.*, cap. 2.)

(3) Ephes. V, 25 et seq.

(4) Id. id., 30.

(5) Cant. VI, 8.